



A M A N E C E R

No es porque esta nube me afine más el alba;
ni porque aquel balido me disipe los cielos.
Está en el cacareo del gallo que martilla en las luces
de la clara herrería toda llena de negro,

Pausadamente, un carro desacongoja el eje
con la esperanza en línea de una pronta llegada.
Y corrigen su plana de palotes las luces
caídas de la estrella que marchó rezagada.

Trabajador del alba, camina el día a pasos
pausados por la línea del casco de los cielos.
Manchado, el campo corre a su encuentro.
Efusión de llegada. Con humo de las fábricas,
sobre alargados tubos, van haciéndose las manos:
saludo para los primeros aviones.

A N O C H E C E R

Los árboles, maneados, ya no pueden moverse.
La sombra los amarra para enfundarlos luego
en el azul espeso del negro que ven todos.
Empiezan a encenderse las luces.
La ciudad, en cuclillas, bajo los faroles
espera, con paciencia de gato, el sol para cazarlo.
Las luces hacen vela, salpicando las estrellas:
cernidor luminoso para colar la obscuridad.

Y el cielo se desgaja en colores tranquilos.
Sólo en lo hondo, a ras del suelo, el negro
se calienta en lo obscuro y se aterciopela.
La ciudad está desierta. Desde los extramuros
se ve cómo las luces se apiñan en el centro
y toman por asalto las torres para leer los avisos.